



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECATO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13447

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Redacción y Administración: Mayor, 24

## CONDICIONES

SABADO 15 DE SEPTIEMBRE DE 1906

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumarlin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

### Política Internacional

## Japón y China

Hasta hace poco tiempo Japón y China habían vivido detestándose, y los europeos atizaban el fuego de esa querencia, á fin de avivarlo. Se ha visto á Rusia servirse de China para atacar al Japón de Corea, mientras que se instalaba en Vladivostok, Puer- to Arturo y Dalny y ocupaba la Man- churia. Pero una de las consecuencias, la más importante para el mundo, de la derrota de los rusos en Ex- tremo Oriente, ha sido una aproxima- ción entre los dos pueblos que se man- tienen alejados por odios tradicionales. Japón y China se hallan ahora ligadas por una amistad—acaso un tanto for- zada por parte de la segunda, pero así efectiva—tanto más estrecha cuanto que se basa en la identidad de intereses y en la comunidad de senti- mientos hacia los extranjeros occiden- tes.

Comprendido China, escarmentado en cabeza ajena y mirándose en el espejo de su antigua rival, que su debilidad procedía del empeño en man- tenerse alejada de la civilización de Occidente. Aprovechándose de las de- bilitaciones que le causó el Japón hace algu- nos años y de las nuevas victorias ob- tenidas también por el Japón contra Rusia, está creando un ejército que aspira á ser el más numeroso de todos, y se constituye tomando por punto de partida la organización de las tropas europeas. Tampoco dejará de crear ul- timamente una flota militar formida- ble porque los habitantes de sus costas necesitan de reorganización la moderna. China ha aceptado el concurso del Ja- pón: son japoneses los instructores mi- litares que emplean los gobernadores ó viceroyes de las grandes provincias, y su número va aumentando á medida que entre las masas de la población se generaliza el deseo de resistir al Occi- dente.

Al propio tiempo se está operando

en dichas masas una revolución intel- lectual. Hasta hace muy poco tiempo eran radicalmente hostiles al oficio de las armas, y rebeldes hasta el desprec- io hacia el concepto del militarismo tal como se entiende en las naciones civilizadas; pero han visto que por haber imitado á esas naciones el Japón ha vencido primero á China y después á Rusia, y es tratado de igual á igual por las potencias que imponen la ley al mundo. Eso ha bastado para que se transforme radicalmente el concepto del patriotismo entre los chinos y para que éstos, desechando viejos prejuicios, imiten á sus vecinos para descartar la dominación y hasta la influencia de «los diablos de Occidente», que duran- te tres siglos les han hecho sufrir tan- tas humillaciones. Existe la creencia de que el chino es incapaz de ser un buen soldado, pero este aserto lo des- mienten oficiales ingleses, franceses y alemanes que han pasado algunos años en aquel país.

El soldado chino—dicen—obedece ciegamente á sus jefes, es un modelo de sobriedad y de resistencia y desprecia la muerte, aun más que los mismos ja- poneses; para ser un soldado completo sólo le falta estar militarmente bien instruido y tener buenos jefes. El día, añaden, en que China, después de haber entrado resueltamente en el cami- no de la organización militar á la mo- derna, empiece á obtener los resulta- dos de su iniciativa, tendrá ejércitos tanto más sólidos y fuertes cuanto que sobre ser su población enorme, los chi- nos son más altos, más recios y no me- nos inteligentes que los japoneses.

Estos lo saben y si ofrecen su con- curso á la empresa magna de la reno- vación de China, es que cuentan con ella para implantar en Extremo Orien- te una nueva doctrina de Monroe. Se- rá puramente negativa durante algún tiempo, como lo ha sido la de la Unión Americana en un principio, pero llega- do el caso se convertirá en una idea activa; y nuestros nietos, quizás nues- tros hijos, verán su aplicación en el Ex- tremo Oriente, á costa de Francia, po- sedora de la Indochina, y de los Esta-

dos Unidos, poseedores de Filipinas, como nosotros la hemos visto en el continente americano á costa de Es- paña.

## Quisicosas gramaticales

Antiguas afecciones y circunstancias de la vida, lleváronme á estos estu- dios, no tan áridos como generalmen- te se cree.

Respetuoso siempre con las corpo- raciones de sabios y con las obras que producen, creo que la Academia tiene autoridad bastante para dar normas en lo que á gramática se refiere.

Mas... es el caso, que hay gentes atrevidas que ponen en tela de juicio la referida autoridad, negándole poder para dictar reglas.

Fúndanse los osados impugnado- res en el hecho, por desgracia frecuen- te, de que la reunión de sabios ó de notabilidades suele dar frutos medianos, cuando no malos, peores siempre que los producidos por un individuo solo, aunque no llegue á la categoría de «inmortal».

Si, es cierto; pero... ¿y qué?

Añaden los discolos que los libros se hacen rutinariamente, limitándose á copiar unas ediciones lo que dicen las anteriores, sin preocuparse lo más mínimo de ver si hay que reformar, añadir ó quitar.

Es verdad. ¿Y qué?

Creáme los irrespetuosos: Si la Academia quisiera, bien «fijarla» y re- formarla cuanto mequeter fuera, que mimbres y tiempo no le faltan.

Agregan que muchas reglas en la práctica no dan el resultado que se espera.

Fácil es, y aún creo que en algunos puntos concretos no sé á qué atenerme.

Los aumentativos y diminutivos, por ejemplo.

Dice la regla: Los aumentativos se forman con los sufijos on, azo, ole.

Así de caña se forman cañón, caña- zo, cañote.

Verdad es que cañón es muy distin- to de caña, y cañote ó gañote es otra cosa; pero eso no le hace.

De capa, tenemos: capón, capazo, capote.

Cierto es que un capón no tiene na- da que ver con una capa; capazo tam- poco y capote es muy distinto; pón- galos en femenino el lector y hallará capona, capaza, capota, que también se separan bastante.

Pero es una casualidad.

Que faldón es una falda pequeña; cordón, una cuerda pequeña; plumón, la pluma pequeña y fina.

¡Casualidades!

Ratón y cañamón tampoco son au- mentativos; pero, consuélese, porque cartón, bodegón, velón, dicen que nunca lo fueron.

Yo me extraña que los incrédulos lo nieguen todo; se atreven á decir que ratón y pelón no aumentan nada. Y aun creo que llevan razón.

Apliquen el sufijo ole, y tendrán el aumento. Un olor á guiso que sale de un zaquizamí, dice á grito pelado que no le confundan con un gran guiso ni crean que es un guiso grande.

No le falta razón; porque amigo te nunca fué amigo grande, ni mucho menos un gran amigo.

Tampoco lo son calvete, cascote, capirote. Pero usen el sufijo azo y les colmará las medidas.

Vinazo no es precisamente un vino grande; pero tampoco es un gran vi- no; y váyase lo otro por lo uno. Casi creo que sería útil que la Academia aclarara esto y pulverizara á sus de- tractores.

Hay otras autoridades gramaticales que ilustran el asunto con notas y ejemplos que no dejan lugar á dudas.

«Los en azo sirven también para marcar el golpe dado con un instru- mento, como bastonazo, cañonazo...»

Bien claro está: Cañonazo no es au- mentativo, como creen algunos, sino un golpe de cañón.

Menudo golpe de bataca (alias bata- cazo) se llevaría quien lo creyera.

Díganme los apreciables delinido- res: fogonazo, ¿será un golpe de fo- gón?

Ya sé que hay quien cree que sabla- zo es aumentativo, aunque todos sa- bemos que «disminuye» el peculio de la víctima.

Y pregunto: El empleado á quien un ministro deja cesante de un plumazo, caso tan frecuente, ¿creerá que es aumentativo el referido vocablo?

Lo será el jicarazo que algunas d<sup>as</sup> mas cariñosas propinan á sus consor- tes ó sinortos para «disminuir» la du- ración de su yugo?

¿Cómo explicarse, admitiendo que los en azo «marquen el golpe dado con un instrumento», que dos individuos anden á trompazos, no siendo más-icos ni elefantes?

«El sufijo in forma diminutivo».

Sí, es verdad.

Parlanchín, el que habla mucho; andarín, el que anda mucho; saltarín, danzarín, bailarín, etc.

¿Que no se entere el mallorquín de que es un diminutivo? Por más que quizá convenga que se entere y refor- me la gramática, ó nos deje en paz.

Hojérame bastante que, quien lo sepa me explique por qué lobozno, torrezno, viborézno, ballenato, equi- lucho, renacuajo, son diminutivos, sin echar mano de ilo, illo, nelo, y por qué no decimos hobillo, torrito, vi- boruelo, ballenito aguilillo, renacu- lo.

¿Qué sufijo se emplea para formar los diminutivos de Francisco, cuando decimos: Paco, Faico, Frusco, Curro, Corro, Facorro, Quico, Dazcho y otros?

¿Cómo de Gertrudis decimos Tula; de María Jesús, Chucha? ¿Por qué Lolo es diminutivo de Manuel y Lola de Dolores?

Todo esto lo debe saber la Acade- mia y si no le ha dicho será porque no haya querido.

Pero yo creo que conforme con mi deseo, lo resolverá, anonadando así á sus impugnadores y robusteciendo la fe de los que la creemos á pies jun- tillas.

A. Pérez Pimentel.

## CUARTILLAS SUELTAS CONTRA EL DUELO

El presidente de la Liga contra el duelo, señor Barón de Albi, ha diri- gido al jefe del Gobierno una enérgica protesta, sobre los dos sucesos ocurri- dos en pocos días, y pidió que se cas- tigen y repriman esos actos que cali- fica de salvajes, reclamando que los

la guerra como los otros esclavos de aquél. El habla di- cido á Nay:

—Préfiero la muerte antes de ir á combatir contra po- blos que fueron aliados de mi padre.

Ella, en vespas de marchar las tropas, dió á su aman- te, sin que él lo echase de ver, una bebida en la cual ha- bía dezumado una planta esoporifera; y el hijo de O. así quedó así imposibilitado para marchar, pues que perma- neció por varios días dominado de un sueño invencible, el cual interrumpía Nay á voluntad, derramándole en los labios un aceite aromático y vivificante.

Después de la guerra por los ingleses á Say Tuto Kuamina, Sinar se presentó á Magmahú para de- cirle:

—Llévame contigo á las batallas: yo combatiré: á tu lado contra los blancos; te prometo que meeceré comer corajones enyo asados por los sacerdotes, y que traeré en el cuello collares de dientes de los hombres rubios.

Nay le dió bálsamos preciosos para curar heridas; y poniéndole plumas sagradas en el penacho de su amante, roció con lágrimas el ébano de aquel pecho que ella ac- baba de ungir con odorífico aceite y polvos de oro.

En la sangrienta jornada en que los jefes achanteas, envidiosos de la gloria de Magmahú, le impidieron al-

Al decir estas últimas palabras levantó el ancho manto de piel de pantera que le cubría los hombros, y bajo él brillaron las culatas de dos pistolas y la gornición de un sable turco ceñido con un chal rojo de Zerbi.

Sinar, de rodillas, cubrió de besos los pies de Nay y le dio los dientes sobre el mullido plumaje del avestruz, y éste ha- bla cariñoso con el piec los vistosos ropajes de su seño- ra.

Muda y absorta ella, al oír las amorosas y tremendas palabras del esclavo, reclinó al fin sobre su regazo la be- lla cabeza de Sinar diciéndole:

—Tú no quieres ser ingrato conmigo, y dices que me amas y que me llevas á ser reina en tu patria: yo no de- bo ser ingrata con mi padre, que me amó antes que tú, y á quien mi fuga causaría la desesperación y la muerte. Espera y partiremos juntos con su consentimiento; espe- ra, Sinar, que yo te amo.

Y Sinar se estremeció al sentir sobre su frente los ar- dientes labios de Nay.

Días y días corrieron, y Sinar esperaba porque en su es- clavitud era feliz.

Salió Magmahú á campaña contra la tribu insurrec- cionada por Macharty, y Sinar no acompañó á su señor

Pasada la corta paz conseguida con el vencimiento de Macharty, pues los ingleses, con ejército propio ya, ame- nazaban á los Achantis, todas las fuerzas del reino salie- ron á campaña.

Empeñada la batalla, pocas horas bastaron á convencer á los ingleses de la insuficiencia de sus mortíferas armas contra el valor de los africanos. Indecisa aun la victoria, Magmahú, reapluéndole de oro, y terrible en su furor, recorría las huestes animándolas con su intrepidez, y su voz dominaba el estruendo de las baterías artilladas. Pe- ro en vano envió repetidas órdenes á los jefes de las re- servas para que entrasen en combate atacando el flanco más debilitado á los invasores. La noche interrumpió la lucha; y cuando á la primera luz del siguiente día pasó revista Magmahú á sus tropas, diezadas por la muerte y la desertión y acobardadas por los jefes que impidieron la victoria, comprendió que iba á ser vencido, y se prepa- ró para luchar y morir. El rey, que hoy en tales terri- bles momentos al campo de sus huestes, las vió y pidió la paz. Los ingleses la concedieron y celebraron tratos con Say Tuto Kuamina. Desde aquel día perdió Magmahú el favor de su rey.

Irritado el valiente jefe con la injusta conducta del monarca, y no queriendo dar á sus émulos el placer de

